

Al reflexionar sobre los inicios de mi relación con Japón y su cultura, siempre termino yendo más allá del 2007, cuando tuve el privilegio de viajar allá como becario de Monbukagakusho, embarcándome en una aventura de aprendizaje y emociones a granel que acabaría por durar 6 años. No recuerdo si fue por influencia del “tokusatsu” sesentero que vino a nuestra región durante los 80s, en la forma de series como “Captain Ultra” o “Uchuu Kara no Messeji: Ginga Taisen” (mejor conocido por nosotros como “Sankuokai”)... O si habrá sido más bien por la impresión dejada por series animadas como “Mazinger Z” o “Kamui Gaiden”... pero el hecho es que sus imágenes y sonidos forman parte de los pocos recuerdos que conservo de mis años como niño menor de 5 años. Más de 3 décadas después, no deja de impresionarme el hecho de que, pese a mi poco entendimiento del mundo entonces, ya veía a Japón como una legítima fuente de entretenimiento y conocimiento alternativa a las ya conocidas por otros infantes como yo en occidente. Había algo inexplicable en su música, dibujos e historias que se me hacía familiar... y a la vez desconocido y único... y dicha sensación permanecería en mí durante toda mi infancia, acompañándome por mi adolescencia y adquiriendo una forma más definida y centrada conforme me transformaba en adulto, al llegar a la universidad.



Fue en esta etapa de mi vida que llegó a mostrarse ante mí la encrucijada que sigue a la salida de una casa de educación superior. Entonces ya llevaba más 5 años estudiando japonés en la Universidad de El Salvador, gracias al esfuerzo y dedicación puesto por los voluntarios de la organización JICA para difundir e impartir el idioma nipón en nuestro territorio, y a la vez me hallaba elaborando la defensa de mi tesis de graduación.

La razón para haber incorporado el japonés a mis estudios de literatura durante esos años empezó, graciosamente, por una inquietud que, paulatinamente, se transformó en un apetito intelectual y cultural más complejo por la tierra del sol naciente. Para la primera década del 2000, el anime y el manga habían adquirido una enorme relevancia como reflejo de la idiosincrasia de la nación de donde provenían, y pese a ser mayor de edad, no me abochornaba en lo más mínimo el estar asociado con el leer y ver manga y anime respectivamente; sin embargo, a la hora de tratar con artículos importados, sin traducción a ningún idioma, mis amigos y yo siempre nos quedábamos con la interrogante de qué estarían hablando aquellos personajes que nos habían cautivado tanto. En mi caso, no pude simplemente quedarme con la duda, y tomé la determinación de comenzar a estudiar japonés con el fin de “saber sobre qué versaban aquellas

conversaciones”. Las frases y expresiones llevaron a la gramática; la gramática llevó a la emoción del reto por descifrar hiragana, katakana y kanji, y el saber leer y combinar estos ideogramas me condujo a conocer mejor las mentes y corazones que le daban forma a la complejidad reflejada sólo parcialmente en aquella lengua. En un par de años, me encontraba ya leyendo temas de actualidad en aquella isla, así como también información esencial sobre sus efemérides, folklore, gastronomía, sistema de gobierno y decenas de tópicos más que, eventualmente, me llevaron a darme cuenta de que Japón era, sin lugar a dudas, el destino hacia donde deseaba encarrilar mis aspiraciones por adquirir una educación que cimentara los conocimientos adquiridos en mi alma mater.

Japón... fue una montaña rusa de experiencias desde el primer día. Si bien es cierto que mi primer contacto con él fue a través de la sobrecogedora modernidad de la metrópoli en Tokyo, la ciudad aguardándome para mis estudios de maestría era una mucho más modesta tanto en tamaño como en dotación tecnológica: Ehime, en la prefectura de Matsuyama. Conocida a nivel nacional por sus mandarinas, las aguas termales de Dougo y la clásica vistosidad de sus tranvías, Matsuyama, empero, resultó ser la incubadora cultural que buscaba para mis estudios literarios, siendo la cuna de escritores como el poeta Masaoka Shiki e inspiración para célebres obras de novelistas del calibre de Natsume Souseki (“Bocchan”) y Shiba Ryoutarou (“Saka no Ue no Kumo”). Con un paisaje sosegado, que destacaba no sólo una arquitectura reflejo fiel del período Shouwa sino también una apacible convivencia con la naturaleza rodeándola, Matsuyama tuvo siempre para mí una población hospitalaria, respetuosa y legítimamente entusiasta por conocer e interactuar con el mundo más allá de sus fronteras, siendo los estudiantes extranjeros como yo recibidos con una tormenta de reverencias, sonrisas y preguntas sobre el estilo de vida de nuestros países de origen, en eventos organizados en escuelas locales, organizaciones y entidades municipales.

Sin embargo, junto al intercambio cultural del que formaba parte día con día, eventualmente llegaron las dificultades de dedicarse al estudio en cuerpo y alma, así como también la de trabajar en un empleo de medio tiempo bajo estándares y supervisión japoneses. Pese a estar enriqueciendo mis conocimientos literarios y lingüísticos en el ambiente que más deseaba en todo sentido posible, mis profesores no hicieron excepciones



conmigo siendo indulgentes o conformistas en mi rendimiento académico y profundidad investigativa, volviéndose exhaustivos con mi redacción, el material de investigación que escogía, así como también mi

manera de presentarlo y exponerlo a otros en artículos y coloquios. Se me exigió repetir mis escritos como nunca en mi vida, con decenas de correcciones, y este fue un ciclo que llegó a repetirse constantemente tanto durante mis estudios de maestría como los de doctorado. Esto, empero, fue una de las pruebas más fehacientes de los estándares de calidad a los que debía apegarme de estudiar en una universidad japonesa, y aun cuando ya no estoy allá, ese legado de profesionalismo y entrega lo llevo a mis espaldas aún hoy en día, como una sombra, buscando en mi profesión hacer cualquier cosa menos conformarme o pedirle a quienes laboran conmigo que se conformen.



En lo concerniente a mi faceta como empleado temporal, me desempeñé no sólo como traductor y tutor en estudiantes nuevos, sino también como dependiente en una tienda de sushi, en un establecimiento de Tenjin, en la ciudad de Fukuoka, pudiendo experimentar de primera mano no únicamente la preparación de éste por su experimentado “oyakata”, sino también la mentalidad intrínseca a complacer al

cliente, valiéndose no sólo de una buena mano e ingredientes, sino también de humor ingenioso y charla agradable. Acá tampoco estuve resguardado de las exigencias propias de la industria de servicio en Japón, debiendo ceñirme rigurosamente a la puntualidad, a la propiedad en el vestir y al cuidado de mi vocabulario... pero no sin la satisfacción de percibir cómo mi interacción con los japoneses se volvía cada vez más natural y fluida a cambio. Dicho de otro modo, pese a no estar directamente conectado a mi campo de estudios, el haber trabajado en aquel restaurante fue un complemento por demás idóneo para aquel estudiante de literatura comparativa que buscaba examinar Japón no sólo en libros, sino también cara a cara, con gente local que, independientemente de su estatus, círculos sociales o preferencias, jamás dejó de tener una fuente cultural común en su trato para conmigo.

No todo durante mi estancia en Japón fueron noches de desvelo, correcciones y privaciones en nombre de la satisfacción del cliente, sin embargo. Durante mis vacaciones y otros momentos de esparcimiento, tuve la oportunidad de visitar muchos lugares bellos e interesantes en diferentes ciudades japonesas. Entre estas están el monte Ishizuchi en Ehime, el teatro de la ciudad de Uchiko, el colosal puente Kanmon que separa las islas de Honshuu y Kyuushuu, así como también paradas obligatorias en Tokyo, Kyoto y Hiroshima, como el paso peatonal de Shibuya, el templo Kiyomizu y Miyajima respectivamente. A la vez, se me concedió el honor de presenciar y/o formar parte de eventos y rituales como la ceremonia del té, o cargar sobre mis hombros el Mikoshi para las festividades de más de una población local, pudiendo

constatar la genuina gratitud de los organizadores y otros participantes por haber accedido a participar en ellos.

Mi estancia de 6 años en Japón, en suma, supuso para mí muchos retos personales y modificaciones a mi manera de trabajar e interactuar con otros, pero así también un mayor número de semillas de madurez y estabilidad, y oportunidades para disfrutar de las innumerables maravillas urbanas y naturales que tiene para ofrecer al mundo, al lado de su gente.

Ahora, al inicio de mis cuarentas, a casi 6 años de haberse convertido Japón en una de las experiencias más trascendentales de mi vida, puedo ver reflejada su influencia en mí como docente. Ya sea enseñando idiomas o historia y literatura japonesa, aparte de extender un puente entre mis alumnos y Japón con información esencial sobre novelistas como Yasuoka Shoutarou, Agawa Hiroyuki, Endo Shuusaku y otros

escritores influyentes de la llamada “Tercera Generación”, posterior a la Segunda Guerra Mundial, la metodología, responsabilidad y sentido de la ética que mis mentores en Matsuyama y Fukuoka me inculcaron, jamás me dejó. Lejos de ello, apegándome a las raíces en el mundo del entretenimiento que me atrajeron a Japón y su cultura, suelo mezclar mis conocimientos literarios con tópicos que les son más



familiares a mis estudiantes, ya sean éstos música, televisión, videojuegos y otros, haciendo con ello el interesarlos en la ficción japonesa una posibilidad más asequible a sus propios intereses e inquietudes.

La beca Monbukagakusho, más allá de ser una incomparable lección de aprendizaje e intercambio cultural, representa un trascendental punto de maduración en mi vida, habiéndome formado no únicamente como investigador y docente, sino también como una persona más al pendiente de las necesidades de otros, capaz de valorar el trabajo en equipo y consciente de los compromisos adquiridos con otras personas. La adopción de esta visión de mundo y metodología a mi idiosincrasia como latinoamericano, hizo posible no nada más aprender en carne propia por qué Japón ostenta la fama que se le atribuye como nación desarrollada, sino también el poder ofrecerla a otros como un trampolín con fuerza más que suficiente para catapultar los sueños y aspiraciones de los jóvenes de esta generación, buscando obtener fuera de nuestras fronteras una singular amalgama de conocimiento, trabajo y formación humana.